

María Santibañez: fotógrafa pictorialista

En esta ocasión les presentamos un documento que corresponde a una entrevista que probablemente hiciera la directora María Ríos Cárdenas en la revista *Mujer. Periódico independiente para la elevación moral e intelectual de la mujer*, a María Santibañez, la cual se publicó en 1927. Es de los pocos relatos biográficos referente a las mujeres fotógrafas de los años veinte, en el cual se describen las adversidades que sufrían para sostener su negocio fotográfico y, más aún, por ser mujer. Santibañez se dedicó a realizar retratos en el estudio o gabinete fotográfico. Fue su especialidad e impregnó de un estilo particular su manera de retratar, sobre todo a las damas mexicanas de la época. Carlos Mérida escribió en *El Universal Ilustrado* el 21 de octubre de 1920 acerca de su obra y la describe así: “María Santibañez es indiscutiblemente la retratista de la mujer [...] palpita en cada una de ellas el alma alada y ligera de la mujer” y añade más adelante: “del arte fotográfico americano, tiene las dos cualidades esenciales: la gracia y la sencillez”.¹ El concurso que realizó *El Universal Ilustrado* en 1927 evitó tiempo después que la fotógrafa cerrara las puertas de su estudio, el cual estaba a punto de quebrar, y con ello logró mantenerse en el mercado de trabajo, aun “a pesar” de ser mujer, toda vez que en esos años era un oficio eminentemente masculino. Pues justo es mencionar que Santibañez le ganó el primer lugar a uno de los fotógrafos de mayor tradición en el género del retrato, de los más prestigiados pictorialistas, al “fotógrafo de las novias”: Antonio G. Garduño.

¹ Carlos Mérida, “Notas artísticas. Retratistas mexicanos”, *Alquimia*, núm. 8, enero-abril de 2000, pp. 39 y 40.

María Santibañez ha sido un descubrimiento importante para la historia de la fotografía mexicana, dada su presentación y realización estética de la imagen. Por un lado Carlos Córdova en su libro *Tríptico de sombras*,² la ha analizado desde la perspectiva del pictorialismo mexicano, como una de las representantes más preclaras de su generación, la cual definió un espacio, estilo y ritmo propio, así como una particular estética de realización. Por su parte, Deborah Dorotinsky descubrió que Santibañez era de origen oaxaqueño; ello nos da un referente importante de su lugar natal, pero también de las migraciones a la gran ciudad, que realizaban las fotógrafas, como lo hizo Natalia Baquedano, en Querétaro, a finales del siglo XIX, y en su momento Sara Castrejón, en Guerrero, en plena Revolución.

María Santibañez logró mantenerse en el medio; contra las adversidades, consolidó su prestigio y su carrera, obteniendo un lugar destacado entre clientes y amigos. La factura de sus imágenes rompió con el género formal clásico del retrato de la época, lo que le significó también publicar en semanarios como *Jueves de Excelsior* y *Revista de Revistas*, en portadas e interiores con una alta calidad estética, con colores firmes retocados o en sepia, con presencias etéreas de mujeres que recuerdan el romanticismo alemán. En algunos de los retratos que han llegado hasta nosotros podemos observar una técnica depurada, un manejo lumínico de gran habilidad, medios tonos y matices pronunciados, el uso del esfumado o *flou* o el foco suave en la lente, entre otros artilugios; también conservó otros elementos utilizados por los grandes fotógrafos estadounidenses. En estrecho vínculo con temas clásicos del retrato, en ocasiones vinculó su estética con imágenes del prerrafaelismo inglés en los temas, formas y poses; los encuadres, los tonos utilizados en la imagen, las luces rasantes a veces les confieren un sentido *rembrandtiano*; también trabajó con las atmósferas etéreas, ente otros elementos, en ocasiones disfrazando o poniendo

² Carlos A. Córdova, *Tríptico de sombras*, México, INAH / Centro de la Imagen / Cenart, 2012.

telas, tules o vestidos que hacían gala de algún personaje particular como las gitanas o mujeres de otra época. Incluso su manera de entregar las fotografías: en sobres de papeles de algodón con altorrelieves *Art Nouveau*, le imprimió otra característica muy particular a su obra. Uno más de los elementos que la distinguían de sus coetáneos es que solía firmar con tinta roja al margen o encima del retrato. María Santibañez ha logrado tener un lugar muy destacado en la fotohistoria mexicana, por lo que el rescate del presente texto resulta ilustrativo de lo que sucedía en los años veinte con la fotografía de estudio, con las mujeres detrás de la cámara y con la estética romántica, evocativa y lírica, que se imbricaba con la de un nacionalismo a todas luces necesario para la posrevolución.

Rebeca Monroy Nasr

Dirección de Estudios Históricos, INAH.

**“La artista María Santibañez”,
*Mujer. Periódico independiente
para la elevación moral e
intelectual de la mujer,*
núm. 6, 1 de junio de 1927,
pp. 11 y 12.**

Me fueron suficientes unos cuantos minutos de charla con María Santibañez, en su estudio, sito en la Av. Juárez no. 62, para haberme dado cuenta de que estaba delante de una mujer de carácter sencillo, afable

e independiente, como cumple a una persona de clara inteligencia y alma de artista.

—Sé que lo que usted vale se lo debe a sí misma, ruégole se sirva darme algunos de los datos biográficos para que éstos sirvan de ejemplo a las mujeres que estando capacitadas, solamente esperan una inspiración para establecerse por su cuenta y bastarse a sí mismas.

—Comencé a trabajar a los doce años de edad. Al lado del señor Martín

Ortiz trabajé siete años. Dibujaba y pintaba por afición, nunca tuve dinero para perfeccionarme, todo lo he aprendido de la vida misma. Ahora ya se dan clases en la escuela “La Corregidora de Querétaro”; en las casas donde se venden cámaras fotográficas se dan algunas instrucciones sobre la fotografía, en aquel entonces no había nada de esto. Yo me he inspirado en las novelas, en las películas, en el teatro, en las buenas pinturas.

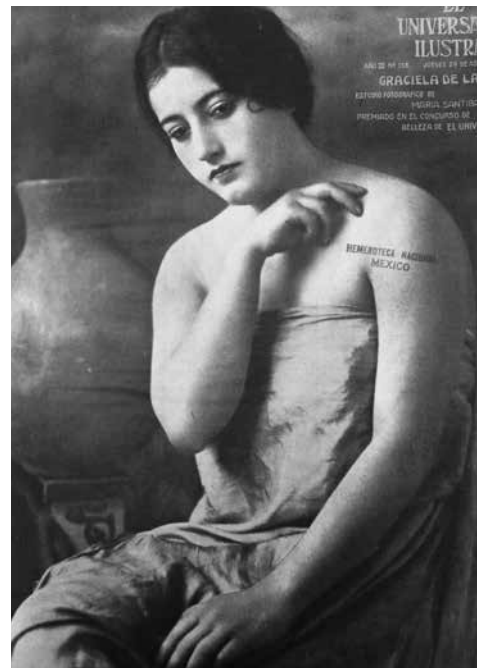
— ¿Qué fue lo que la decidió a trabajar por su cuenta?

—Ansiosa de libertad me lancé a luchar. Durante un año anduve de Herodes a Pilatos, con espíritu abatido. Gasté mis últimos ahorros, sentí desfallecer, pero mi dignidad, el

qué diría la gente, el deseo de que supieran que también las mujeres somos capaces de grandes empresas, me alentó y pedí dinero por mi mobiliario. Conseguí un préstamo con un rédito muy elevado. Mis muebles eran humildes. Me instalé en la casa no. 22 de la calle de Bolívar. Allí continuaron mis amarguras por falta de recursos. A la medida que el tiempo pasaba, tenía menos esperanza de vencer aquellas dificultades.

— ¡Es interesante! Continúe usted —le dije visiblemente emocionada.

—Estaba entre seguir en mi empresa o quitarla definitivamente y volver a mi antiguo empleo, cuando “*El Universal Ilustrado*” ofreció un premio para la fotografía



más artística. Haciendo a un lado la adversidad que me había acompañado, envié un estudio, el que a los pocos días obtuvo el único premio. Gané gloria y dinero. Entonces comencé a formar una numerosa y distinguida clientela, la que me dio lo suficiente para cubrir mis compromisos, y la que todavía me favorece con sus órdenes de fotografías especiales, pues yo no comercio con mi arte. María Santibañez muestra algunas fotografías, verdaderos cuadros, cada uno de ellos es una creación. La artista respeta la expresión fugitiva del rostro, la forma, la luz,

la sombra, la belleza del ambiente, todo porque ese todo lo ha marcado la naturaleza.

—Dígame usted ¿ha leído la revista *Mujer*?

—Conozco su periódico y la felicito, desde el nombre no podía estar mejor elegido. Quisiera que todas las mujeres lo leyeran, ellas serían las más beneficiadas.

—Perdone la indiscreción ¿cuál ha sido una de sus penas más hondas?

—La pérdida de mi hijita.

Ambas callamos. Ella por el dolor que le produjo el recuerdo, yo, temiendo aumentar ese dolor con el recuerdo de mi felicidad.

